

AGENDA CIUDADANA

UNA RELACIÓN ANTIGUA, COMPLICADA Y NECESARIA Lorenzo Meyer

Pretexto.- Una inesperada invitación a Sevilla para asistir a la presentación de un libro **–El espejo desenterrado. España en México, 1975-1982,** (Sevilla: Fundación El Monte y Colegio de Jalisco, 2005) de la profesora Inmaculada Cordero-- y para discutir con diplomáticos y académicos el estado en que se encuentran los estudios en torno a las relaciones entre México y España, resulta un buen motivo para intentar aquí una “apretada síntesis” sobre la cadena de contactos entre nuestro país y su antigua metrópoli.

Un buen punto de partida, es aceptar que hoy la conexión entre los dos países se encuentra mejor que nunca, lo cual no es algo particularmente difícil de lograr debido a que se trata de una relación histórica particularmente conflictiva. Desde luego que hoy también hay problemas, pero a diferencia del pasado éstos no son sustantivos y las circunstancias para enfrentarlos son propicias. En la actualidad, ambos países comparten el mismo régimen político --el democrático--, no hay ya cuentas o agravios pendientes y si bien el comercio no es extraordinario --4,738 millones de dólares entre importaciones y exportaciones en el 2004--, la inversión española en México sí lo es --supera los doce mil millones de dólares--, al punto que hoy es la más importante entre las europeas en nuestro país. Desde luego que la inversión mexicana en España es mucho menor, pero también existe. Finalmente, en el marco general de nuestra política hacia el resto del mundo, una relación como la que hoy le ofrece España a México, puede ser empleada para disminuir, aunque sea sólo un poco, el asfixiante abrazo de Estados Unidos y, por tanto, tiene el potencial de servir al interés nacional mexicano.

Una Perspectiva.- La asimetría es una característica de las relaciones de nuestro país con una buena parte de aquellos miembros del sistema mundial que nos son de interés, y ese es el caso de los intercambios hispano mexicanos. Desde hace buen tiempo, en México se tiene un conocimiento e interés relativos mayores sobre España que los que ha habido y hay en España en torno a México. Por otro lado, la cantidad de malos entendidos y momentos de fricción que ha habido entre los dos países en el último par de siglos ha sido notable. Desde luego que, en buena medida, esa relativa abundancia de problemas y momentos difíciles que ha salteado la relación hispano mexicana desde 1821, se explica por su peculiar naturaleza anterior: una de subordinación colonial por tres largos siglos. El carácter ríspido de los contactos entre los dos países se ha mostrado de manera más clara en los intercambios a nivel gubernamental, pero también ha coloreado la interacción entre grupos e individuos de ambas sociedades.

El Origen.- Cuando Estados Unidos concluyó su violenta separación de Inglaterra, su antigua metrópoli asimiló rápido el golpe y reconoció a la nueva nación en poco tiempo. Hasta la fecha, esa relación anglo-americana es una conexión especial o privilegiada para ambos países. En contraste, el gobierno de Fernando VII simplemente se negó a aceptar la irreversibilidad de la independencia de la “provincia rebelde”. No consideró seriamente la posibilidad de admitir el ofrecimiento del trono de México a un príncipe Borbón ni firmar el tratado de comercio que le ofrecía la que había sido su colonia más rica, pues el rey abrigó la esperanza de la reconquista con el auxilio de la Santa Alianza o en solitario. Desde entonces, y hasta hace bien poco, este choque original coloreó la relación hispano-mexicana.

La malograda expedición del brigadier español Isidro Barradas a Tamaulipas en 1829 sólo sirvió para acrecentar los temores y resentimiento de la nueva clase gobernante mexicana frente a España, le dio al joven ejército mexicano –a sus generales– un papel

político y un presupuesto mayores de los que hubieran debido tener, aumentó el sentimiento antiespañol en las clases populares y terminó por desembocar en una política de expulsión de españoles en México que, a la larga, causó mucho daño a las dos partes en pugna. En 1826, México prohibió la entrada de españoles, en 1827 les prohibió ocupar cargos públicos, se decretó su expulsión parcial y luego, en 1829, la total.

Sólo en 1836, tras la muerte de Fernando VII, y a regañadientes, Madrid reconoció a México como país independiente, pero los agravios ya se habían acumulado a ambas orillas del Atlántico. Desgraciadamente, la construcción de un estado nacional sólido en México tomó mucho más tiempo que en Estados Unidos y España, además de presionar por el pago de deudas y reclamaciones, tomó partido abierto en la dura disputa política interna, y favoreció a las corrientes y grupos monárquicos y conservadores frente a los republicanos y liberales. Por otro lado, en la relación directa de mexicanos con la ya no muy numerosa (cinco o seis mil personas) pero sí económicamente bien plantada colonia española, la situación no fue fácil, sobre todo tras los ataques e incluso asesinatos de españoles en 1856 en varias haciendas azucareras de Morelos, donde los capataces trataban a sus trabajadores de manera similar a como lo hacían en Cuba: como esclavos.

En 1861 España, en unión de Francia e Inglaterra, participó en la toma del principal puerto mexicano –Veracruz-- para respaldar su rechazo a la suspensión temporal de pago de las deudas y reclamaciones por un México en total bancarrota. Al final, españoles e ingleses dejarían solos a los franceses en su aventura de aprovechar la guerra civil norteamericana –la suspensión temporal de la “Doctrina Monroe”-- para dar forma a un estado mexicano dependiente de Europa, pero de todos modos Benito Juárez cortarí sus relaciones con Madrid y con otras capitales europeas como una forma de mostrar su

rechazo a quienes habían reconocido al breve imperio de Maximiliano. España debió tomar la iniciativa y para 1871 ya tenía de nuevo a un representante en México.

La Primera Reconciliación.- Sería realmente durante la “Pax Porfirica” cuando, por primera vez, los contactos hispano mexicanos asumieron un carácter de normalidad. La estabilidad que trajo el triunfo liberal y específicamente la dictadura de Porfirio Díaz, proveyeron el marco de una buena relación entre la ciudad de México y Madrid. Esa buena relación se manifestó a nivel de gobierno pero también en los tratos entre la élite mexicana y los personajes más adinerados de una colonia española que ya se calculaba entre 30 y 50 mil almas, el más numeroso de los conjuntos extranjeros en México, con una inversión que equivalía a poco menos de la cuarta parte de la norteamericana, que era la dominante.

Retorna el Antagonismo.- La caída del régimen porfirista significó un muy duro golpe para los intereses españoles en México. Y ni el gobierno de Madrid ni la colonia española en México –comerciantes, empresarios industriales, terratenientes, banqueros, empleados y sacerdotes--, supieron como hacerle frente al terremoto social y político que significó la Revolución Mexicana. El haber tomado partido abierto en 1913 por Félix Díaz primero y Victoriano Huerta después, resultó un error muy costoso y pagado por un tiempo muy prolongado. El nacionalismo se reflejó particularmente en el choque del México revolucionario –gobierno y sociedad— con los norteamericanos, los españoles... y los chinos. Las facciones de origen más popular –zapatistas y villistas—fueron las más duras con los españoles, pero Carranza y Álvaro Obregón, por ejemplo, tampoco se molestaron en buscar las simpatías de la colonia española. Los norteamericanos se defendieron bien, pero los españoles simplemente contaron con pocos medios para “hacerse respetar”.

Pasada la etapa más violenta de la Revolución, la colonia española contabilizó sus pérdidas, que fueron menores de lo que decían la prensa y algunos de los informes

diplomáticos. En 1928, se presentaron ante una comisión mixta de reclamaciones, 1,237 quejas españolas contra México, entre ellas 169 por muerte violenta. La monarquía española estuvo representada en esos años por diplomáticos aristócratas que, desde luego, no mostraron ninguna simpatía por el nuevo régimen mexicano.

El Interludio Republicano.- La huida de Alfonso XIII de Madrid en 1931 y el inicio de la nueva república española, cambió radicalmente el ambiente de la conexión México-España a nivel de gobiernos. En México, la élite política consideró que por primera vez tenía un interlocutor que le entendía en Europa y las legaciones fueron elevadas a nivel de embajada. En ese momento en que la Gran Depresión Mundial golpeaba duramente a la industria naval española, el gobierno mexicano hizo un pedido a los astilleros españoles de barcos de guerra que no eran una prioridad para México pero sí darían empleo a obreros españoles en paro y constituirían un gesto mexicano de buena voluntad.

El estallido de la rebelión antirrepublicana en 1936, despertó en México, como en el resto de América Latina, una especie de guerra simbólica dentro del país entre quienes apoyaban a la República y quienes a los rebeldes falangistas. El gobierno del presidente Cárdenas se volcó en apoyo político y, en la medida de lo posible, material, al gobierno republicano. México se propuso vender a España un total de 20 millones de cartucho 7mm y 20 mil fusiles Mausser. México también intentó, pero con poco éxito, ser el intermediario que consiguiera aviones y artillería para los republicanos. Lo que restaba del pago de los buques de guerra, se envió a España en alimentos. Al final, el gobierno de Cárdenas, a pesar de la oposición de la vieja colonia española y de los grupos conservadores mexicanos, abrió las puertas a 20 mil refugiados republicanos, cuya huella aún es fácil de constatar.

Una Relación Moral.- Entre 1939 y 1977 el régimen mexicano, pese a momentos de titubeo durante los gobiernos poscardenistas, mantuvo la relación formal con un gobierno

que ya no tenía país: con el gobierno republicano en el exilio; tal fue la fuerza de los muy breves años de relación efectiva con la república. Tras el fin de la II Guerra mundial, el gobierno de Francisco Franco mantuvo una representación no oficial en México y nuestro país otra en Madrid, que sirvieron de marco mínimo para una relación de carácter económico y de intercambio de personas, que sólo fue alterada cuando el presidente Echeverría pretendió que el fusilamiento en España de unos jóvenes de ETA, se convirtiera en el punto de partida para expulsar a España de la ONU. No deja de ser irónico que México y España se mantuvieran sin relación oficial a pesar de compartir un mismo tipo de régimen –el autoritario. Ambos eran muy similares en sus elementos constitutivos fundamentales y sólo los diferenciaba un discurso conservador en el caso de España y progresista en el de México, pero el Echeverría que ponía el grito en el cielo por las ejecuciones de vascos era el Echeverría responsable de las matanzas de 1968 y 1971.

El Presente.- La muerte de Franco en noviembre de 1975, el cambio de gobierno en México al año siguiente y el inicio del proceso de transición democrática en España, llevaron a que finalmente en 1977 México diera por terminada su relación con la inexistente república y la reestableciera con el Reino de España. Y para el 2000, ambos países compartían de nuevo el mismo régimen, el democrático, pero el español con mayor éxito y más consolidado, que el mexicano. España apoyada en su crecimiento económico por la Unión Europea mientras México es dejado a sus propios medios en el marco del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte.

La larga época de malas relaciones y agravios hispano mexicanos pareciera haber quedado definitivamente atrás. Y sin embargo, nunca se puede dar por sentada la armonía entre los dos países. En el 2003, por ejemplo, el entonces jefe del gobierno español, José María Aznar, visitó de manera inesperada a México para presionar al presidente Vicente

Fox –con el que compartía una ideología conservadora-- para que se sumara al grupo de países que apoyaban la política intervencionista de Washington en Irak. La reacción mexicana, en particular la expresada por la prensa y la opinión pública, fue muy negativa y dura con Aznar. Una condición para mantener el buen estado de la conexión México-España es cuidar las formas, ser muy sensible al peso del pasado, un pasado al que nunca habrá que dar por muerto.